Perifonemas

I-Charles de Gaulle

LA vida de Charles de Gaulle tuvo a la paradoja como una constante: militar hasta la médula, promovió en su patria el gobierno civil; miembro de una clase aristocrática, empuñó sus esfuerzos en la ampliación de la democracia; nacionalista cordial, pudo sin embargo, romper las cadenas colonialistas con que su patria unció a otros países; de fuerte espíritu conservador, alentó reformas básicas en la vida francesa; defensor heroico de su nación contra el embate hitleriano, abrió los brazos a la nueva Alemania, en pos de la unidad europea; partidario insospechable de Occidente, estableció, el primero entre los grandes, relaciones con China Popular.

Dueño de una soberbia que lo llevó a retirarse a su finca campestre cada vez que sentía un revés del pueblo francés, tuvo una vida personal modesta. Sin llegar, como Cincinato, a empuñar por sí mismo el arado, en medio de la austeridad semejante a la que singularizó a aquel cónsul romano, recibió en el pueblo donde le plació vivir y ser enterrado, el llamado

de la patria, que moría en medio de estridentes cuanto ineficaces discusiones parlamentarias.

De Gaulle estuvo poseído de una gran clarividencia política: supo ver que Europa debía constituirse en factor de equilibrio en las tensiones entre las potencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial. Sabedor de que Francia, herida para siempre en su grandeza, no podía aspirar ya a un papel rector en el mundo, pretendió situarla de tal suerte que encabezara el paneuropeísmo, sin que ninguna nación del continente prócer perdiera su propia individualidad.

Cristiano a la francesa, firme creyente en el papel de "hija predilecta de la Iglesia" que la literatura ha asignado a su nación, no pudo, sin embargo, penetrar en el espíritu evangélico de su fe para comprender los reclamos de esta hora, por más que, alentado por ella, hubiera podido, enfrentándose a la ultraderecha, cortar las amarras imperialistas de Francia, para convertirse en una suerte de padre de nuevas naciones.

II-¿Francia ha Enviudado?

AL dirigirse a la nación francesa, presa del dolor por la muerte de un hombre del que estuvo tan cerca, el Presidente de Francia, Georges Pompidou, pudo decir, hiperbólicamente, que con la desaparición de De Gaulle, su patria ha quedado viuda. Mostró, con ello, su apego al mesianismo de que siempre se sintió poseedor el antiguo cadete de Saint Cyr.

Grande, héroe, libertador, De Gaulle merece, sobre todo en esta hora, todos los calificativos con que la grandilocuencia quiera adjetivar su gloria. Pero, si en algún momento se creyó que él encarnaba a la Francia, ese momento ha pasado. El hombre ha desaparecido y la nación permanece. Tal es el destino de todos los hombres. Aun el destino de De Gaulle.

Dejará, todo lo más, una huella profunda, por cuanto él contribuyó decisivamente a modelar la actual imagen de su país. Quien lo ha

sucedido en el mando, Pompidou, es hechura suya, ha estado tan cerca de él desde hace tanto tiempo, que la instrucción para los funerales de De Gaulle fue confiada por éste, hace dieciocho años, al actual ocupante del Palacio del Eliseo.

Un régimen presidencial fuerte, que sin abolir el vigor parlamentario elimina sus excesos; una política exterior heterodoxa, enemiga de los bloques; un programa de participación social que aún no ha sido aplicado suficientemente; tales son los legados del De Gaulle de la última época.

Pero, más que la consecución de esas metas, lo que definirá en la historia a Charles de Gaulle, general, ex Presidente de la República Francesa, es haber sido libertador del país de las libertades.

Perifonemas

I—Reunión de Echeverría y Nixon

MAS allá de suspicacias sin fundamento, es un hecho que la entrevista del Presidente electo de México y el Presidente en funciones de los Estados Unidos tiene abundantes motivaciones: 2,597 kilómetros de frontera vinculan a uno y otro países; hay un constante tránsito de personas en uno y otro sentido; y el grueso de nuestras relaciones económicas internacionales se desarrollan teniendo como contraparte a los Estados Unidos.

Citamos estos hechos como los más evidentes entre las vinculaciones de ambos países, que hacen necesario que sus mandatarios, de vez en vez, e independientemente del tratamiento técnico y diplomático que requieran cuestiones como las apuntadas, se encuentren y charlen personalmente, en el plano de igualdad jurídica que les es propio.

Estando a punto de asumir el principal puesto de la administración mexicana, no debe resul-

tar extraño que el licenciado Luis Echeverría considere conveniente la reunión con el Presidente Richard M. Nixon, con quien habrá de tratar los asuntos que atañen a ambas naciones en los años venideros. Se ha reiterado que el encuentro es fundamentalmente amistoso, pues ni siquiera hay la posibilidad jurídica de que se adopten acuerdos.

Sin que la conversación esté sujeta a temarios preestablecidos, se sabe que hay asuntos que no podrán ser eludidos, sobre todo por el próximo Presidente mexicano, que de algún modo ostenta ya la representación de un pueblo que en diversos modos depende de sus vecinos: seguramente manifestará su preocupación por el inminente proteccionismo norteamericano y la extinción del tratado de aguas, problema delicado porque de una mala aplicación de ese pacto se han derivado graves daños para el Valle de Mexicali.

II—Relaciones Chile-Cuba

EL Presidente de la República de Chile, doctor Salvador Allende, anunció ayer la reanudación de relaciones con la República de Cuba, con la que hasta ahora sólo México sostenía vínculos diplomáticos, pues a consecuencia del acuerdo adoptado en 1964 por la Novena Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, todas las naciones del continente —excepto la nuestra— las suspendieron.

Hizo notar el Presidente Allende que con tal reanudación, los gobiernos de ambos países manifiestan su convicción de "que con ello sirven los intereses de los pueblos respectivos". Quiso subrayar, de seguro, que no se trata de una disposición que haya adoptado en función de intereses partidistas —por la similitud de los principios que él sustenta con la acción gubernamental cubana— sino para beneficio de sus países.

Con ello, Allende no da ninguna sorpresa.

En su programa anunció que establecerá relaciones con todos los pueblos de la Tierra. Cuba no tenía por qué ser la excepción. A la vista de esta actitud, se puede esperar que el Presidente chileno cumpla también el resto de compromisos que propuso al pueblo chileno y que éste aceptó al sufragar por él, como la conservación de la estructura democrática, la libertad de expresión, la autonomía de los partidos y los sindicatos, etc.

No se trata, tampoco, de un conejo que salte de la chistera: ya el gobierno democristiano que antecedió al actual había iniciado relaciones comerciales con Cuba (que ascendieron a 137,500,000 pesos) y Benjamín Prado, el Presidente de la Sociedad de Agricultura —que no es de ninguna manera sospechosa de izquierdismo, pues agrupa a los principales cosecheros chilenos— estuvo en Cuba concertando negocios. Esta acción de Chile se realiza en ejercicio de su soberanía y así debe ser saludada.